

Robert Galbraith

EL OFICIO
DEL MAL



Traducción del inglés de:
Gemma Rovira Ortega

Título original: *Career of Evil*

*Publicado por primera vez en Reino Unido en 2015 por Sphere,
sello editorial de Little, Brown Book Group, Londres*

Copyright © J.K. Rowling, 2015

The moral right of the author has been asserted

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016

Fotografía de la cubierta: © Rob Ball / WireImage, Getty Images

Diseño de la cubierta: www.buerosued.de

Ver créditos adicionales en páginas 567-571.

Selected Blue Öyster Cult Lyrics 1967-1994 by kind permission
of Sony/ATV Music Publishing (UK) Ltd.

www.blueoystercult.com

Don't Fear the Reaper: The Best of Blue Öyster Cult from Sony Music
Entertainment Inc available now via iTunes
and all usual musical retail outlets.

Los personajes y situaciones que aparecen en esta obra,
excepto aquellos que se hallan claramente en el dominio público,
son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas,
es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. Ningún fragmento de la presente publicación
podrá ser reproducido, almacenado en un sistema que permita su extracción,
transmitido o comunicado en ninguna forma ni por ningún medio, sin el
previo consentimiento escrito del editor, ni en forma alguna comercializado
o distribuido en ningún tipo de presentación o cubierta distintos de aquella
en que ha sido publicada, ni sin imponer condiciones similares,
incluida la presente, a cualquier adquirente.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

ISBN: 978-84-9838-742-1

Depósito legal: B-19.407-2016

1ª edición, noviembre de 2016

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

Para Séan y Matthew Harris

*Haced lo que queráis con esta dedicatoria,
pero ni se os ocurra,
¡ni se os ocurra!
ponéroslo en las cejas.*

*I choose to steal what you choose to show
And you know I will not apologize:
You're mine for the taking.*

I'm making a career of evil...¹

*Career of Evil, Blue Öyster Cult
Letra de Patti Smith*

1

2011

This Ain't the Summer of Love²

No había logrado eliminar todos los restos de sangre. Bajo la uña del dedo corazón de su mano izquierda había una línea oscura con forma de paréntesis. Empezó a sacarla, aunque le gustaba verla allí: era un recuerdo de los placeres del día anterior. Tras un minuto hurgando sin éxito, se metió el dedo en la boca y se chupó la uña sucia. El sabor ferroso le recordó el chorro que se había derramado con furia por el suelo embaldosado, salpicando las paredes, empapándole los vaqueros y convirtiendo las toallas de baño de color melocotón (esponjosas, secas y pulcramente dobladas) en unos trapos empapados de sangre.

Esa mañana, los colores parecían más intensos, y el mundo, un lugar más agradable. Se sentía tranquilo y animado, como si la hubiera absorbido, como si la vida de ella se le hubiera inyectado. Después de matarlas, te pertenecían: era una forma de posesión que iba mucho más allá del sexo. El simple hecho de saber qué cara ponían en el momento de morir entrañaba una intimidad muy superior a cualquier sensación que pudieran experimentar dos seres vivos.

Pensó que nadie sabía lo que había hecho ni lo que planeaba hacer a continuación, y eso le produjo un estremecimiento de gozo. Apoyado en la pared tibia bajo el débil sol de abril, feliz

y satisfecho, siguió chupándose el dedo corazón mientras contemplaba la casa de enfrente.

No era una casa elegante, sino normal y corriente. Una vivienda más agradable, cierto, que el piso diminuto donde él había dejado la ropa del día anterior, manchada de sangre ya seca, metida en bolsas de basura negras a la espera de ser incinerada, y donde relucían sus cuchillos, que había limpiado con lejía y escondido detrás del sifón bajo el fregadero de la cocina.

Esa casa tenía un pequeño jardín delantero, una verja negra y un césped sin cortar. Dos puertas blancas, muy pegadas la una a la otra, delataban que el edificio de tres plantas estaba remodelado y dividido en pisos independientes. En la planta baja vivía una chica llamada Robin Ellacott. Pese a que él se había tomado la molestia de averiguar su verdadero nombre, seguía pensando en ella como «la Secretaria». Acababa de verla pasar por detrás de la ventana en saliente, la había reconocido por su melena.

Observar a la Secretaria era un plus, un placer añadido. Como tenía unas horas libres, había decidido ir a espiarla. Ese día era una jornada de descanso, un intermedio entre las glorias del día anterior y las del día siguiente, entre la satisfacción de lo que había hecho y la emoción de lo que sucedería a continuación.

De pronto se abrió la puerta del lado derecho y por ella salió la Secretaria acompañada de un hombre.

Siguió apoyado en la pared, mirando hacia el final de la calle y ofreciendo su perfil a la pareja de modo que pareciera que estaba esperando a alguien. Ninguno de los dos se fijó en él; echaron a andar por la calle, uno al lado del otro. Les dio un minuto de ventaja y decidió seguirlos.

Ella vestía vaqueros, una chaqueta fina y botas sin tacón. Al verla bajo la luz del sol se percató de que su pelo, largo y ondulado, era de un rubio un poco anaranjado. Le pareció detectar cierta reserva entre la pareja, que no se hablaba.

Se le daba bien descifrar a las personas. Había sabido descifrar y engatusar a la chica que el día anterior había muerto entre toallas color melocotón empapadas de sangre.

Los siguió por la larga calle residencial, con las manos en los bolsillos, caminando sin prisa como si se dirigiera a las tiendas; sus gafas de sol no llamaban la atención en aquella mañana luminosa. Una brisa primaveral acariciaba las ramas de los árboles. Al final de la calle, la pareja torció a la izquierda y se metió en una avenida muy transitada, con oficinas en ambas aceras. Los vio pasar por delante del edificio del ayuntamiento del municipio de Ealing; el sol se reflejaba en las ventanas más altas de los edificios.

El compañero de piso, amigo o lo que fuera de la Secretaria (de aspecto elegante, con la mandíbula cuadrada visto de perfil) se puso a hablar con ella. Ella le contestó escuetamente y no le sonrió.

Qué miserables, asquerosas e insignificantes eran las mujeres. Eran todas unas zorras gruñonas que esperaban que los hombres las hicieran felices. Sólo cuando yacían muertas y vacías delante de ti se volvían puras, misteriosas y hasta maravillosas. Entonces eran completamente tuyas; no podían discutir, ni forcejear, ni marcharse; eran tuyas y podías hacer lo que quisieras con ellas. Recordó el cadáver de la del día anterior, pesado y desmadejado después de que le extrajera la sangre: su juguete de tamaño natural, su muñeca.

Siguió a la Secretaria y a su acompañante por el centro comercial Arcadia, muy concurrido a esas horas, deslizándose tras ellos como un fantasma o un dios. ¿Lo veía la gente que había ido a hacer las compras del sábado, o se había transformado, desdoblado, y había adquirido el don de la invisibilidad?

Llegaron a una parada de autobús. Él se quedó cerca y fingió mirar a través de la ventana de un restaurante indio, examinar los montones de fruta junto a la puerta de una tienda de alimentación, unas caretas de cartón del príncipe Guillermo y Kate Middleton colgadas en el escaparate de un quiosco; en realidad, lo que hacía era observar a la pareja reflejada en los cristales.

Iban a coger el 83. Él no llevaba mucho dinero encima, pero estaba disfrutando tanto siguiéndola que no quería dejarlo todavía. Al subir al autobús detrás de ellos, oyó que el hombre

mencionaba Wembley Central. Compró un billete y los siguió al piso superior.

La pareja se sentó en la parte delantera del autobús. Él encontró un asiento cerca de ellos, al lado de una mujer con cara de malas pulgas a quien obligó a mover las bolsas donde llevaba sus compras. De vez en cuando oía las voces de la pareja por encima del murmullo de los otros pasajeros. Cuando no hablaban, la Secretaria miraba por la ventanilla, sin sonreír. Era evidente que no quería ir a dondequiera que estuvieran yendo. Cuando la Secretaria se apartó un mechón de pelo de la cara, él se fijó en que llevaba un anillo de compromiso. Así que iban a casarse... o eso creía ella. Ocultó su sonrisa tras el cuello levantado de la cazadora.

El sol del mediodía entraba a raudales por las ventanillas salpicadas de suciedad del autobús. Subió un grupo de pasajeros que llenaron los asientos que había libres alrededor. Un par de ellos llevaban camisetas de rugby rojas y negras.

De pronto sintió como si el resplandor del día se hubiera atenuado. Aquellas camisetas con la medialuna y la estrella tenían connotaciones que no le gustaban. Le recordaban un tiempo en que él no se sentía como un dios. No quería que viejos recuerdos, malos recuerdos, mancharan y estropearan ese día feliz, pero su euforia empezaba a esfumarse. Enojado (un adolescente del grupo se fijó en él, pero apartó rápidamente la mirada, con miedo), se levantó y fue hacia la escalera.

Un padre y su hijo pequeño estaban fuertemente agarrados a la barra junto a la puerta del autobús, y esa imagen produjo una explosión de rabia en el fondo de su estómago: él debería haber tenido un hijo. O, mejor dicho: debería tener un hijo todavía. Se imaginó al niño de pie a su lado, mirándolo desde abajo, adorándolo como a un ídolo; pero lo había perdido, y el único culpable de eso era un hombre llamado Cormoran Strike.

Iba a vengarse de Cormoran Strike. Iba a arruinarle la vida.

Cuando llegó a la acera, miró las ventanillas delanteras del autobús y vio por última vez la cabeza dorada de la Secretaria. Volvería a verla antes de veinticuatro horas. Ese pensamiento lo ayudó a calmar la rabia repentina que le habían provocado aque-

llas camisetas sarracenas. El autobús arrancó con gran estruendo, y él se alejó dando zancadas en la dirección opuesta, tranquilizándose a medida que andaba.

Tenía un plan espectacular. Nadie lo sabía. Nadie sospechaba nada. Y había algo muy especial esperándolo en la nevera de su casa.

2

*A rock through a window never comes with a kiss*³

Madness to the Method, Blue Öyster Cult

Robin Ellacott tenía veintiséis años y llevaba más de uno comprometida. La boda debería haberse celebrado tres meses atrás, pero el fallecimiento repentino de su futura suegra había obligado a aplazar la ceremonia. Habían pasado muchas cosas en los tres meses transcurridos desde la fecha prevista de la boda. A veces se preguntaba si Matthew y ella se llevarían mejor si ya hubieran hecho los votos. ¿Discutirían menos si ella llevara una alianza de oro junto al anillo de compromiso de zafiro que le bailaba un poco en el dedo?

El lunes por la mañana, mientras se abría camino entre los escombros esparcidos por Tottenham Court Road, Robin repasaba mentalmente la discusión del día anterior. Las semillas ya estaban sembradas antes de que salieran de casa para ir al partido de rugby. Cada vez que quedaban con Sarah Shadlock y su novio Tom, Robin y Matthew acababan discutiendo, y ella lo había comentado durante la discusión, que se había gestado durante el partido y se había alargado hasta la madrugada.

—Por amor de Dios. ¿No te das cuenta de que Sarah estaba metiendo cizaña? Era ella la que no paraba de preguntarme por él, una y otra vez. No he empezado yo.

Las obras, eternas, alrededor de la estación de Tottenham Court Road habían obstaculizado el trayecto de Robin a la oficina desde que había empezado a trabajar en la agencia de detec-

tives de Denmark Street. Tropezó con un cascote, lo cual no contribuyó a mejorar su humor, y dio unos pasos tambaleantes antes de recobrar el equilibrio. Un aluvión de silbidos y comentarios lascivos surgió de un hoyo profundo abierto en la calzada, donde trabajaban unos operarios con casco y chaleco reflectante. Ella, colorada, se apartó de la cara un largo mechón rubio cobrizo y los ignoró, e inevitablemente siguió pensando en Sarah Shadlock y en sus preguntas maliciosas e insistentes sobre su jefe.

—Tiene un atractivo muy peculiar, ¿verdad? Va como desaliñado. Pero a mí eso nunca me ha importado. ¿Es sexi en persona? Es muy alto, ¿no?

Robin se había fijado en que a Matthew se le tensaba la mandíbula mientras ella intentaba dar respuestas frías e indiferentes.

—¿Estáis vosotros dos solos en el despacho? ¿En serio? ¿No hay nadie más?

«Zorra —pensó Robin, cuyo buen carácter natural nunca se había hecho extensivo a Sarah Shadlock—. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo.»

—¿Es verdad que lo condecoraron en Afganistán? ¿Sí? ¡Hala! Entonces, ¿además es un héroe de guerra?

Robin había hecho todo lo posible por silenciar el coro de admiración unipersonal de Sarah hacia Cormoran Strike, pero no había tenido éxito. Al final del partido, la frialdad de Matthew hacia su prometida era evidente. Sin embargo, su contrariedad no le había impedido bromear y reír con Sarah en el trayecto de vuelta desde Vicarage Road, y Tom, a quien Robin encontraba aburrido y obtuso, no había parado de reír, ajeno a cualquier trasfondo.

Empujada por otros peatones que también tenían que sortear las zanjas abiertas en la calzada, Robin llegó por fin a la acera de enfrente, pasó por debajo de la sombra de Centre Point, el monolito de cemento con fachada cuadriculada, y volvió a enfadarse al recordar lo que le había dicho Matthew a medianoche, cuando había vuelto a estallar la discusión.

—¿Es que no puedes parar de hablar de él? Te he oído con Sarah...

—No he sido yo quien ha empezado a hablar de él, ha sido ella. Si hubieras prestado atención...

Pero Matthew la había imitado, utilizando una entonación genérica que representaba a todas las mujeres, una voz aguda e idiota:

—¡Ay, tiene un pelo tan bonito...!

—¡Por amor de Dios, estás paranoico del todo! —había gritado Robin—. Sarah me estaba dando la lata sobre el maldito pelo de Jacques Burger, no sobre el de Cormoran, y lo único que he dicho...

—«No sobre el de Cormoran» —había repetido él con aquella voz chillona e imbécil.

Cuando Robin dobló la esquina y entró en Denmark Street, estaba tan furiosa como ocho horas atrás, cuando había salido del dormitorio y se había ido a dormir al sofá.

Sarah Shadlock, la maldita Sarah Shadlock, había ido a la universidad con Matthew y había hecho cuanto había podido por alejarlo de Robin, a quien él había dejado esperando en Yorkshire. Si Robin se hubiera enterado de que, por el motivo que fuera, nunca volvería a ver a Sarah, se habría alegrado inmensamente; pero Sarah asistiría a su boda en julio, y seguiría incordiándola cuando se hubiera casado, sin ninguna duda, y tal vez algún día intentara colarse en el despacho de Robin para conocer a Strike, si su interés era real y no sólo una forma de sembrar la discordia entre Robin y Matthew.

«Jamás le presentaré a Cormoran», pensó Robin, rabiosa, mientras se acercaba al mensajero que estaba junto a la puerta de la oficina. Tenía un sujetapapeles en una mano enguantada y un paquete rectangular en la otra.

—¿Es para Robin Ellacott? —preguntó cuando estuvo a una distancia que le permitía hablar con él.

Esperaba un envío de cámaras fotográficas desechables forradas de cartulina de color marfil que Matthew y ella pensaban regalar a los invitados el día de la boda. Últimamente su horario laboral era tan irregular que le resultaba más cómodo designar como dirección de entrega la oficina en lugar de su casa.

El mensajero asintió y le alargó el sujetapapeles sin quitarse el casco. Robin firmó y cogió el paquete alargado, mucho más pesado de lo que ella esperaba; se lo puso debajo del brazo

y notó como si un único objeto, grande, se deslizara dentro del paquete.

—Gracias —dijo, pero el mensajero ya se había dado la vuelta y se había montado en la moto.

Robin lo oyó alejarse mientras entraba en el edificio. Subió taconeando por la ruidosa escalera metálica que ascendía alrededor del ascensor, fuera de servicio. La puerta de cristal lanzó un destello cuando Robin la abrió, y se destacaron las letras grabadas en un tono oscuro: «C. B. STRIKE, DETECTIVE PRIVADO.»

Había llegado antes de su hora a propósito. Estaban sobrecargados de trabajo, y Robin quería poner al día el papeleo atrasado antes de retomar su vigilancia diaria de una joven bailarina de *lap-dance* rusa. Oyó ruido de pasos en el piso de arriba y dedujo que Strike todavía no había bajado.

Robin dejó el paquete alargado encima de su mesa, se quitó la chaqueta y la colgó, junto con el bolso, en el perchero de detrás de la puerta; encendió la luz, llenó el hervidor de agua y lo encendió, y entonces cogió un abrecartas afilado que había sobre la mesa. Mientras recordaba la negativa categórica de Matthew a creerse que era la melena rizada del ala Jacques Burger lo que ella había admirado durante el partido, y no el pelo corto y crespo de Strike (que parecía vello púbico, no podía negarlo), clavó con furia el abrecartas en un extremo del paquete, hizo un tajo y abrió la caja.

Dentro había una pierna de mujer amputada, puesta de lado. Habían tenido que doblar los dedos del pie para que cupiera.

3

*Half-a-hero in a hard-hearted game*⁴

The Marshall Plan, Blue Öyster Cult

Robin dio un grito que reverberó en las ventanas. Se separó de la mesa sin apartar la vista del objeto macabro que reposaba en ella. La pierna era lisa, delgada y pálida. Al abrir el paquete, la había rozado con un dedo y notado la textura fría y gomosa de la piel.

Acababa de silenciar su grito tapándose la boca con ambas manos cuando, a su lado, la puerta de cristal se abrió de golpe. Strike irrumpió en el despacho con su metro noventa de estatura y el ceño fruncido, la camisa abierta revelando la masa de vello negro, simiesco, de su pecho.

—¿Qué co...?

Siguió la dirección de la mirada aterrorizada de Robin y vio la pierna. Ella notó que la mano de Strike se cerraba bruscamente alrededor de su brazo y se dejó llevar al rellano.

—¿Cómo ha llegado?

—Un mensajero —contestó ella mientras Strike seguía guiándola por la escalera—. En moto.

—Espera aquí. Voy a llamar a la policía.

Strike cerró la puerta de su piso detrás de ella. Robin se quedó de pie, inmóvil, con el corazón acelerado, oyéndolo bajar otra vez la escalera. Le vino una arcada. Una pierna. Acababan de entregarle una pierna. Había subido una pierna hasta la oficina con toda tranquilidad, una pierna de mujer metida en una caja. ¿De quién era? ¿Dónde estaba el resto del cuerpo?

Fue hasta la silla más cercana, una silla barata con asiento de plástico acolchado y patas metálicas, y se sentó sin despegar los dedos de sus labios entumecidos. Recordó que el paquete iba dirigido a su nombre.

Strike, entretanto, asomado a la ventana del despacho que daba a la calle, con el móvil apretado contra la oreja, escudriñaba Denmark Street en busca de alguna señal del mensajero. Cuando volvió a la recepción y examinó el paquete abierto encima de la mesa, ya había contactado con la policía.

—¿Una pierna? —repitió el inspector Eric Wardle al otro lado de la línea—. ¿Una puta pierna?

—Y ni siquiera es de mi talla —dijo Strike, un chiste que no habría hecho de haber estado delante Robin.

La pernera derecha del pantalón, remangada, revelaba la barra de metal que reemplazaba su tobillo; estaba vistiéndose cuando había oído gritar a su ayudante. Nada más hacer ese comentario, reparó en que era una pierna derecha, igual que la que él había perdido, y que la habían cortado por debajo de la rodilla, exactamente por donde a él le habían amputado la suya. Sin despegarse el móvil de la oreja, Strike examinó el miembro más de cerca, y sus orificios nasales se llenaron de un olor desagradable, como de pollo recién descongelado. Piel de raza caucásica: lisa, pálida e impecable salvo por un cardenal antiguo, ya verdooso, en la pantorrilla, toscamente afeitada. El vello que empezaba a asomar era rubio, y las uñas, sin pintar, estaban un poco sucias. El blanco glacial de la tibia, seccionada, destacaba contra la carne circundante. Un corte limpio: a Strike le pareció probable que lo hubieran hecho con un hacha o un cuchillo de carnicero.

—¿Y dices que es de mujer?

—Eso parece.

Strike acababa de fijarse en otra cosa. En la pantorrilla, a la altura del corte había una cicatriz antigua, sin relación con la herida que la había separado del cuerpo.

¿Cuántas veces durante su infancia en Cornualles se había visto pillado por sorpresa cuando estaba de pie de espaldas al mar traicionero? Quienes no conocían bien el mar se olvidaban de su solidez, de su brutalidad. Cuando los golpeaba con la fuer-

za del metal frío se horrorizaban. Strike se había enfrentado al miedo a lo largo de toda su vida profesional, había trabajado con él y había sabido superarlo; pero lo que, por unos instantes, lo invadió cuando descubrió aquella cicatriz era verdadero terror, exacerbado por su carácter inesperado.

—¿Sigues ahí? —preguntó Wardle al otro lado de la línea.

—¿Qué?

Strike tenía la nariz, que se había roto dos veces, a un par de centímetros del sitio por donde estaba cortada la pierna de mujer. Estaba recordando la cicatriz de la pierna de una niña a la que nunca había olvidado. ¿Cuánto hacía que la había visto por última vez? ¿Qué edad tendría ella ahora?

—Me has llamado tú, ¿no? —insistió Wardle.

—Sí —contestó Strike, y se obligó a concentrarse—. Preferiría que te encargaras tú, pero si no puede ser...

—Voy para allá —dijo Wardle—. No tardaré. No te muevas.

Strike apagó el teléfono sin dejar de mirar la pierna. Entonces vio que había una nota debajo, con algo impreso. Entrenado en el ejército británico en procedimientos de investigación, el detective dominó la poderosa tentación de sacarla de allí y leerla: no debía contaminar las pruebas materiales. Se agachó como pudo para ver la dirección de la etiqueta pegada en la tapa de la caja.

El paquete iba dirigido a Robin, y eso no le gustó nada. Su nombre estaba correctamente escrito, a máquina, en un adhesivo blanco que llevaba la dirección de la agencia. Esa etiqueta estaba superpuesta a otra. Strike entornó los ojos, decidido a no mover la caja ni siquiera para leer mejor la dirección, y vio que en un primer momento el remitente había dirigido el paquete a «Cameron Strike», para luego pegar otro adhesivo encima que rezaba «Robin Ellacott». ¿Por qué había cambiado de idea?

—Mierda —dijo en voz baja.

Se levantó con cierta dificultad, descolgó el bolso de Robin del gancho de detrás de la puerta, cerró la puerta de cristal con llave y subió al ático.

—La policía está de camino —dijo al tiempo que le acercaba el bolso—. ¿Te apetece una taza de té?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Con un poco de brandi?

—No tienes brandi —repuso ella. Tenía la voz un poco ronca.

—¿Has estado fisgando?

—¡Claro que no! —saltó Robin; él encontró gracioso que le indignara tanto la insinuación de que había estado husmeando en sus armarios, y sonrió—. Es que... es que no eres el tipo de persona que tiene brandi medicinal en casa.

—¿Quieres una cerveza?

Ella negó con la cabeza, incapaz de sonreír.

Después de preparar té, Strike se sentó frente a Robin con su taza. Parecía lo que era, ni más ni menos: un exboxeador corpulento que fumaba demasiado y devoraba comida basura sin medida. Tenía las cejas pobladas, la nariz, aplastada y asimétrica, y, cuando no sonreía, una expresión de enojo permanente. A Robin su pelo, negro y rizado y muy tupido, todavía húmedo después de la ducha, le recordó a Jacques Burger y a Sarah Shadlock. Parecía que la pelea se hubiera producido hacía una eternidad. Desde que había subido al ático, Robin sólo había pensado un momento en su prometido. La aterraba contarle lo que había pasado. Matthew se pondría furioso. No le gustaba que trabajara para Strike.

—¿La has... visto bien? —balbuceó tras levantar la taza de té hirviente y volver a dejarla sin probarlo.

—Sí —respondió Strike.

Robin no sabía qué más preguntar. Era una pierna cortada. La situación era tan horrorosa, tan grotesca, que todas las preguntas que se le ocurrían le parecían burdas y ridículas: «¿La has reconocido? ¿Por qué crees que la han enviado?» Y la más acuciante: «¿Por qué a mí?»

—La policía querrá que les describas al mensajero —dijo él.

—Ya lo sé. He estado intentando recordarlo todo.

Sonó el interfono de la puerta de abajo.

—Debe de ser Wardle.

—¿Wardle? —preguntó Robin sorprendida.

—Es el poli más simpático que conocemos —le recordó Strike—. No te muevas de aquí, ya le digo que suba.

Strike había conseguido granjearse la antipatía de la Policía Metropolitana a lo largo del año anterior, aunque no todo el mérito era suyo. La cobertura exagerada por parte de la prensa de sus dos éxitos más destacados como detective había irritado, lógicamente, a los agentes cuyos esfuerzos Strike había superado. Sin embargo, Wardle, que lo había ayudado con el primero de aquellos casos, había compartido con él parte de la gloria posterior, y la relación entre ambos seguía siendo bastante cordial. Robin sólo había visto a Wardle en las fotografías de los periódicos. Nunca habían coincidido en los juzgados.

Resultó ser un hombre atractivo, con una mata de pelo castaño y cejas color chocolate; vestía cazadora de cuero y vaqueros. Strike no habría sabido decir si le irritó o le divirtió la mirada escrutadora que le lanzó a Robin al entrar en la habitación: un rápido barrido en zigzag que abarcó su pelo, su silueta y su mano izquierda, donde los ojos de Wardle se demoraron un segundo en el anillo de compromiso de zafiro y diamantes.

—Eric Wardle —dijo el policía en voz baja, y acompañó sus palabras con una cautivadora sonrisa que a Strike le pareció innecesaria—. Y ella es la sargento Ekwensi.

Había llegado acompañado de una agente de raza negra, delgada, con el pelo liso recogido en un moño, que sonrió brevemente a Robin, quien sintió un consuelo desproporcionado por la presencia de otra mujer. A continuación, la sargento Ekwensi paseó la mirada por el pisito de Strike, más modesto de lo que ella había imaginado.

—¿Dónde está el paquete? —preguntó la sargento.

—Abajo —respondió Strike, y se sacó las llaves de la oficina del bolsillo—. Ahora se lo enseño. ¿Cómo está tu mujer, Wardle? —añadió mientras se disponía a salir de la habitación con la sargento Ekwensi.

—¿Y a ti qué te importa?

Para alivio de Robin, el policía abandonó aquella actitud de ligera superioridad en cuanto se sentó a la mesa, enfrente de ella, y abrió su bloc de notas.

—Lo vi junto a la puerta nada más entrar en la calle —explicó Robin cuando Wardle le preguntó cómo había llegado la

pierna—. Creí que era un mensajero. Iba vestido de cuero negro, con unas franjas azules en los hombros de la cazadora. El casco era completamente negro, y llevaba la visera de espejo bajada. Debía de medir al menos un metro ochenta. Me sacaba diez o doce centímetros, sin contar el casco.

—¿Constitución? —preguntó Wardle mientras tomaba notas en su libreta.

—Creo que bastante grueso, aunque seguramente estuviese un poco inflado por la cazadora.

Sin querer, Robin desvió la mirada hacia Strike, que en ese momento entraba en la habitación.

—Es decir, no era...

—¿No era un gordo seboso como tu jefe? —sugirió Strike, que había oído sus últimas palabras, y Wardle, que jamás desaprovechaba una oportunidad para chinchar al detective, rió por lo bajo.

—Y llevaba guantes —continuó Robin sin sonreír—. Guantes de motorista, de piel, negros.

—Sí, es lógico que llevara guantes. —Wardle añadió otra nota—. Supongo que no te has fijado en ningún detalle de la moto.

—Era una Honda roja y negra —dijo Robin—. He visto el logo, ese símbolo con alas. Creo que era una setecientos cincuenta. Muy grande.

Wardle quedó impresionado y sorprendido.

—Robin sabe un huevo de coches —comentó Strike—. Conduce mejor que Fernando Alonso.

Robin habría preferido que Strike dejara de mostrarse frívolo y jocosos. Abajo había una pierna de mujer. ¿Dónde estaba el resto del cuerpo? No debía llorar. Lamentó no haber dormido más. El maldito sofá... Últimamente había pasado demasiadas noches en él.

—¿Y te ha hecho firmar el comprobante? —preguntó el inspector Wardle.

—Yo no diría que me haya hecho firmarlo —contestó Robin—. Me ha tendido el sujetapapeles, y yo he firmado sin pensar.

—¿Qué había en el sujetapapeles?

—Parecía una factura, o un...

Cerró los ojos e hizo memoria. Cayó en la cuenta de que el formulario no parecía profesional, como si lo hubiera hecho alguien con su ordenador, y se lo dijo al policía.

—¿Esperabas algún paquete? —preguntó Wardle.

Robin le explicó lo de las cámaras desechables para la boda.

—¿Qué ha hecho él cuando has cogido la caja?

—Se ha subido a la moto y se ha ido. Se ha metido por Charing Cross Road.

Llamaron a la puerta del piso con los nudillos, y la sargento Ekwensi entró con la nota que Strike había descubierto debajo de la pierna, metida en una bolsa de pruebas.

—Han venido los de la científica —le comunicó a Wardle—. Han encontrado esta nota dentro de la caja. Estaría bien saber si le dice algo a la señorita Ellacott.

Wardle cogió la bolsa de plástico y escudriñó la nota frunciendo el ceño.

—No tiene mucho sentido —dijo, y a continuación leyó en voz alta—: «*A harvest of limbs, of arms, of legs, of necks...*»⁵

—...«*that turn like swans as if inclined to gasp or pray*»⁶ —lo cortó Strike, apoyado en la cocina y demasiado lejos para leer la nota.

Los otros tres se quedaron mirándolo.

—Es la letra de una canción —dijo Strike.

A Robin no le gustó la expresión de su cara. Comprendió que aquellas palabras significaban algo para él, y que no era nada bueno. Haciendo un esfuerzo, el detective aclaró:

—De la última estrofa de *Mistress of the Salmon Salt*. De Blue Öyster Cult.

La sargento Ekwensi arqueó unas cejas finamente perfiladas.

—¿De quién?

—Es un grupo de rock de los setenta.

—Deduzco que los conoces bien, ¿no? —aventuró Wardle.

—Conozco esa canción —dijo Strike.

—¿Tienes idea de quién os ha enviado esto?

Strike vaciló. Mientras los otros tres lo observaban, una serie de imágenes y recuerdos, muy confusa, pasó a toda velocidad por su mente de investigador. Una vocecilla le dijo: «*She wanted to die. She was the quicklime girl.*»⁷ La pierna delgada de una niña de doce años, surcada de líneas pálidas entrecruzadas. Unos ojos pequeños y negros que parecían de hurón, entornados, cargados de odio. Una rosa amarilla tatuada.

Y entonces, rezagado detrás de los otros recuerdos, pugnando por aparecer en el cuadro, aunque tal vez fuera lo primero que a cualquier otro le habría venido a la mente, recordó un pliego de cargos donde se mencionaba el pene que habían amputado a un cadáver y enviado por correo a un informante de la policía.

—¿Sabes quién os lo ha enviado? —insistió Wardle.

—Podría ser —respondió Strike, mirando a Robin y a la sargento Ekwensi—. Preferiría que habláramos de esto a solas. ¿Ya le has preguntado todo lo que querías a Robin?

—Nos falta su nombre completo, dirección y demás —dijo Wardle—. Vanessa, ¿puedes ocuparte tú?

La sargento se acercó con su libreta. Los pasos de los dos hombres fueron apagándose por la escalera. Pese a no tener ni el más mínimo interés por volver a ver la pierna seccionada, a Robin le ofendió que la dejaran allí arriba. Habían enviado la caja a su nombre.

El espeluznante paquete seguía encima de la mesa, en el piso de abajo. La sargento Ekwensi había abierto la puerta a otros dos policías: uno tomaba fotografías y el otro hablaba por el móvil cuando el inspector y el detective privado pasaron a su lado. Ambos miraron con curiosidad a Strike, que tiempo atrás había adquirido cierta fama a la vez que se granjeaba la antipatía de un buen número de colegas de Wardle.

Strike cerró la puerta de su despacho. El inspector y él se sentaron frente a frente, uno a cada lado de la mesa del detective. Wardle se preparó para escribir en una hoja en blanco de su bloc.

—Muy bien, ¿a quién conoces aficionado a descuartizar cadáveres y enviarlos por correo?

—A Terence Malley —dijo Strike tras un momento de vacilación—. Para empezar.

Wardle no escribió nada y se quedó mirándolo fijamente por encima del extremo de su bolígrafo.

—¿Terence *Digger* Malley?

Strike asintió con la cabeza.

—¿De la mafia de Harringay?

—¿A cuántos Terence *Digger* Malley conoces? —preguntó Strike, impaciente—. ¿Y cuántos tienen la costumbre de enviar trozos de cadáver?

—¿De qué coño conoces a Digger?

—De una operación conjunta con la brigada antivicio, en 2008. Red de narcotráfico.

—¿La redada en la que lo trincaron?

—Exactamente.

—Hostia puta —dijo Wardle—. Bueno, pues ya está, ¿no? El tipo es un chiflado, acaba de salir de la cárcel y tiene fácil acceso a la mitad de las prostitutas de Londres. Ya podemos empezar a dragar el Támesis hasta que encontremos el resto del cadáver.

—Sí, pero testifiqué contra él de forma anónima. Se supone que no sabe que fui yo.

—Tienen sus métodos, ya lo sabes. La mafia de Harringay... Son como la puta Cosa Nostra. ¿Te enteraste de que Digger le envió la polla de Hatford Ali a Ian Bevin?

—Sí, ya lo sé.

—¿Y qué significa la canción? La cosecha de no sé qué coño.

—Bueno, eso es lo que me preocupa —dijo Strike, hablando despacio—. Parece demasiado sutil para un tipo como Digger, lo que me hace pensar que podría haber sido alguno de los otros tres.